

Alli enfrente ¿lo veis?, tenemos cerca
 un cafetín con jardincillo. ¿Vamos?»
 Aceptó. Nos sentamos á la mesa
 y á la segunda copa, el hombre-anuncio
 me hablaba ya con la mayor franqueza.
 No tiene el tío Eloy pelo de tonto;
 es parisién legítimo; de cepa
 muy castiza, y filósofo á su modo.
 Debajo de la acacia polvorienta
 del cafetín mezquino, de esta suerte,
 ¡oh querido lector!, soltó la lengua.

—«No lo toméis á mal; pero lo digo
 porque es verdad bien clara y manifiesta:
 no tiene en este mundo el proletario
 derecho á la vejez. Más me valiera,
 ¡mil veces más!, caer de una andamiada
 y romperme la crisma. Pero eran
 muy seguros mis pies, y nunca el mosto
 me turbó. ¿Qué recurso ahora me queda?
 ¿Matarme? No, los viejos, ¡pobres viejos!,
 quieren siempre vivir; y ¿qué no hicieran
 por ganar su mendrugo? Yo, escondido
 hasta la barba en las malditas muestras
 de algún nuevo vermut, ó del programa
 de una tropa de acróbatas, la acera
 interminable sigo cojeando,
 á todas horas, sin cesar, sin tregua
 siempre en la calle, y al llegar la noche
 no puedo más. A un jaco de carreta
 tratan mejor. Pero esto son tres francos,
 la cama, el vino y la frugal menestra.
 Y así vivimos, aplazando siempre
 para mañana el reventar, y mientras
 tengo un orgullo: no he tendido nunca
 la mano mendigante, aunque no vea
 más porvenir que el tétrico refugio
 de Bicetre. Mejor, sí, mejor fuera
 morir. Entra en el sino duro y triste
 del infeliz trabajador la veda
 de envejecer. Replicaréis acaso,
 señor, que si ajustamos bien las cuentas,
 yo, bien ó mal, sin vilipendio vivo,
 y que la suerte de otros es más negra;

y no me atenderéis cuando os explique
 por qué me hace penar, por qué me afrenta
 este oficio servil. ¿Queréis saberlo?
 Escuchad, pues; tomadlo con paciencia.

»Veréis: cuando en verano y en invierno
 lento recorro la extensión inmensa
 de este enorme París, siempre enjaulado
 entre mis dos carteles, me atormenta
 el recelo de que es solemne embuste
 lo que anunciando voy; que á la vergüenza
 de algún tráfico indigno contribuyo;
 que doy gato por liebre á quien me atiende.
 Tal vez digáis: «¡Escrúpulos monjiles!»
 Pero ¿á quién no le indigna y le subleva
 que á un hombre honrado y bueno, sin más culpas
 que su suerte fatal, de esta manera
 me lo aprisionen entre dos monstruosos
 prospectos de ladrones sin conciencia?
 ¡Oh, la publicidad! ¡Oh, los anuncios!
 ¡Oh, los reclamos!.. ¡Farsas y monsergas
 para engañarnos! ¡Ruedas de molino
 para los bobos de anchas tragaderas!
 ¡Así se pierde al pueblo! El mes pasado
 el impostor cartel llevaba á costas
 de un osado periódico que al vulgo
 cotidiana ración de ira y soberbia
 brinda por cinco céntimos, y vierte
 allá en los arrabales la ola negra
 de baja envidia y de esperanzas locas.
 Bien lo comprenderéis: aquello era
 un papel sospechoso, que á las masas
 adula, y á la vez se burla de ellas,
 escrito por danzantes y bribones
 que emprenden hoy campaña virulenta
 contra Fulano, y al siguiente día
 salen con furia igual á su defensa;
 que se jactan de dignos é incorruptos,
 y á escondidas después cobran su cuenta
 de los fondos secretos, y guardada
 su credencial de polizonte llevan.
 El mal que aquestos papeluchos causan
 lo conozco muy bien. Allá, en la época
 fatal de la Comune—¡hace veinte años!—

un hijo yo tenía: alma muy buena,
pero cabeza á pájaros. Leyendo
libelos incendiarios, en las venas
se le inflamó la sangre; agarró el chopo,
nombráronle sargento, y la tragedia
vino en un santiamén. ¡Lo fusilaron!
Y el mequetrefe audaz, cuya perversa
prosa lo trastornó, campana gorda
es hoy que en la República voltea.
¡Desdichado de mí! Cuando paseo
el nombre, escrito con enormes letras,
de uno de esos periódicos que airados
la discordia predicán y la guerra,
pienso que el rojo cartelón infame,
al que su ayuda bochornosa presta
este viejo infeliz, aquel muchacho
lo empapó con la sangre de sus venas.

»¡El reclamo! ¿Queréis que de él hablemos?
El reclamo, lo sé por experiencia,
no es más que el latrocinio organizado.
¡Cuántas eché á volar, estratagemas
audaces de la Bolsa! ¡Cuánto anzuelo
lancé, de pescatontos! La ralea
conozco bien, de los voraces buitres
del negocio! Sabida es la receta:
ocho por ciento... Un lote por sorteo
cada mes... Y la trampa está dispuesta.
Depósito en el Banco: cien millones.
El Crédito, la Caja... ¡Frasas huecas
que al incauto deslumbran!.. Ha tres meses,
fui pregonando yo, de ceca en meca,
con cartel colosal, la enorme estafa
de la *Gran Sociedad Anglo-francesa
Intercontinental de Patagonia*.
Las gentes—¡cuán imbéciles!—en ella
escurrieron la bolsa; y ayer mismo
al cínico gerente de la empresa
lo vi pasar en su landó lujoso
con una descocada mujerzuela.
¡Voto á bríos! Para hacer mañana y tarde
el trayecto *Bastilla-Magdalena*,
llevando en la pechuga y á la espalda
los nombres de esa criminal caterva,

es preciso, señor, que un pobre diablo
ni cuatro *sous* para tabaco tenga.

«Los odio, y con razón. ¡Ved aquí una
de sus víctimas! Esto me recuerda
el tiempo aquel en que alegró mi vida
con su jovial donaire mi Clemencia.
Eramos... casi ricos. ¡Ya lo creo!
Si yo, para el trabajo, era una fiera,
ella, para el manejo de la casa,
le daba quince y raya á la más diestra.
Muerto mi hijo—ya os dije cuándo y cómo—
aún nos quedaba una hija; pero ésta
trabajaba también, y haciendo flores
ganaba buen jornal. No era la nuestra
la fortuna de un Rothschild, cierto; pero
no son cinco mil francos en carpetas
de papel del Estado, una bicoca.
Los cinco mil, para nosotros, eran
el pan seguro y la modesta dote
de la pobre muchacha. Haciendo cuentas
á la luz del quinqué, nuestros proyectos
forjábamos. Tenía yo la idea
de un solar, para hacer una casita,
barato, más allá de las barreras...
¡Soñábamos, en fin! Nuestro peculio
como la espuma crecía. Y mientras
estaban bajo el péndulo guardados,
bien ocultos, los títulos, risueña
y segura esperanza, perspectiva
de hermoso porvenir. Pero la *Empresa
de los tesoros submarinos*—¡otra
canallada, señor!—lanzó embustera
su prospecto falaz. Dejó tentarse
por la ambición maldita mi Clemencia,
y... ¡pataplum!.. volaron en seis meses
los cinco mil. ¡Costóle la pelleja!
Comprended, señor mío, lo que gozo
cuando la dura suerte me condena
á servir de reclamo á los bandidos
que en la Bolsa encontraron su caverna.

Y aún hay días en que, ¡miseró viejo!,
mi condición estimo más abyecta:

es cuando llevo en mi cartel pintada
 una mujer bailando, alta la pierna,
 risueño el labio, ardiente la pupila
 y debajo este rótulo: *Gran fiesta
 en los Jardines de Paris*. Contaros
 quiero lo que me humilla y me avergüenza,
 ¡el baldón de mi vida! La chiquilla
 que me quedó, mi Octavia, con más pena
 la lloro que al muchacho. Fusilado
 este pobre murió, ¡desgracia horrenda!
 pero ella paró en mal. Yo estaba viudo;
 dirigir á las hijas, no hay quien sepa
 más que la madre. Y luego en los talleres
 en torno á cada flor revolotea
 tal enjambre de zánganos! Mi Octavia
 ¡vió tantos al redor! Añadid que era
 hermosa de verdad!.. ¡Me la perdieron!
 La vi anteayer. En una carretela
 iba al Bosque, muy bien empenachada,
 con un sombrero enorme... Para verla
 todos el rostro atónitos volvian.
 Estas cosas, Señor, al alma llegan.
 Pura verdad os digo: siento náuseas,
 cual si arrojar el corazón quisiera,
 cuando anuncio el Edén ó el Eliseo.
 Quizás mi hija infeliz allí se encuentra,
 y es su padre ¡su padre! quien á todos
 la indigna bacanal señala y muestra!

»¡Basta! Hablé demasiado, y cual si fueseis
 mi confesor. ¡Adiós! Vuestra fineza
 agradezco, señor, y sobre todo,
 el haberme escuchado. Mejor fuera
 la sociedad, si el rico con el pobre
 hablara y le tratase más de cerca.
 ¡No, nada de limosna!.. Dad la mano
 al Hombre-anuncio, á quien en esta mesa
 pagasteis unas copas, y algún rato
 pensad en su miseria.»

Alejóse: cerraba ya la noche;
 resplandecian todas las estrellas.
 Debajo de la acacia, en la mesilla
 el codo, y en la palma la cabeza

quedé. Por los humildes, que explotados
 son en el mundo, compasión inmensa
 y honda sentí. Retóricos ufanos,
 pedantes de la diestra y de la izquierda,
 vosotros, que jamás hicisteis nada
 por ellos, ese viejo que se aleja,
 ese viejo infeliz, á quien robaron
 la sangre, el oro y el honor, os muestra
 en su infausto cartel el hijo muerto,
 la hija en el sucio lupanar, deshecha
 su casa y su fortuna, y os pregunta
 con mucho acatamiento y reverencia,
 ¡oh ilustres senadores, diputados
 de la nación, antorchas y lumbreras
 de Francia!, si esa infamia y ese oprobio
 son el progreso de la Edad moderna.

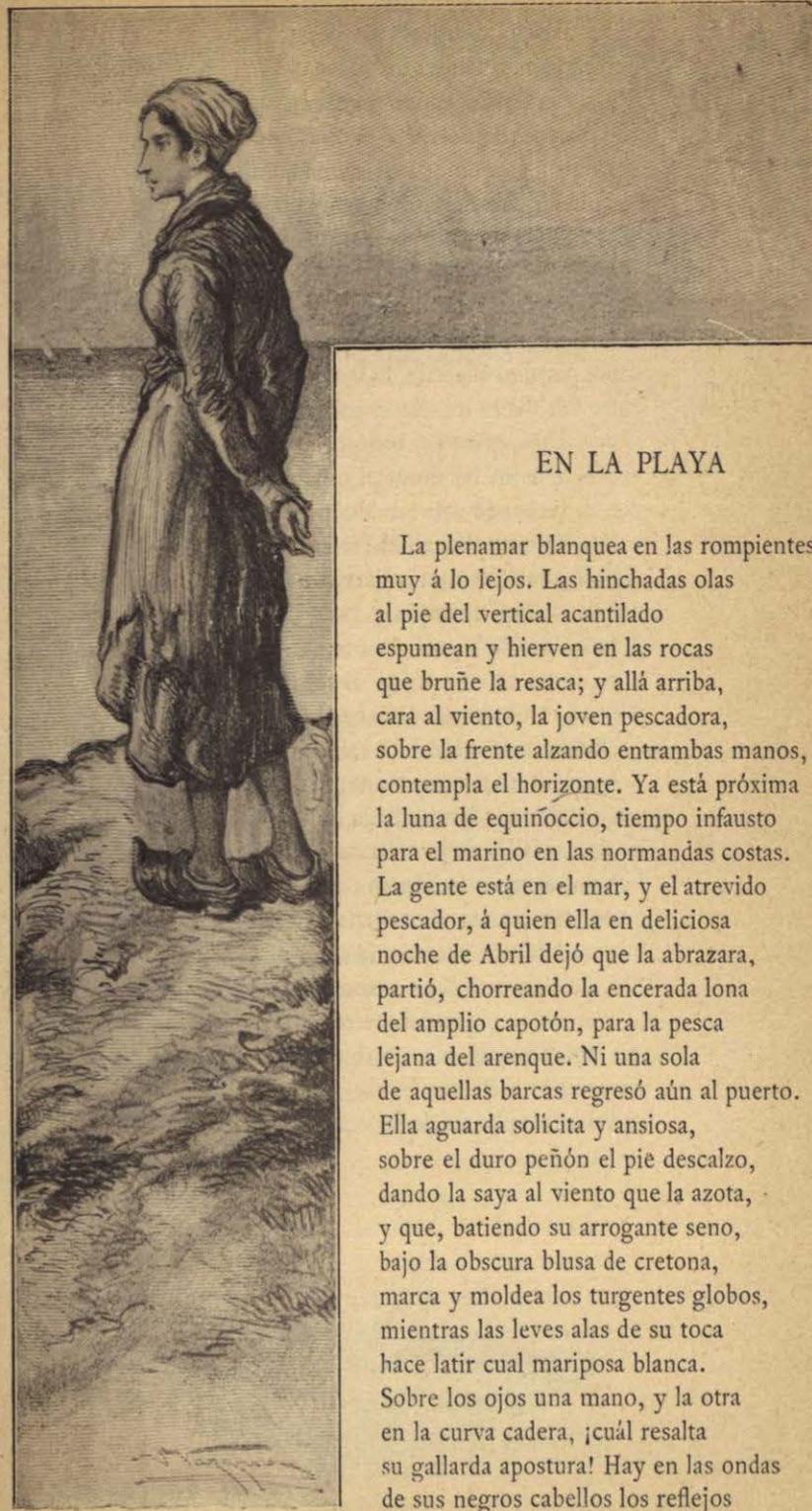
...Y para más entristecer mi alma
 allá, hacia los cuarteles, las cornetas
 saludando al crepúsculo, á los cielos,
 á la infinita y misteriosa esfera
 del puro azul, á los serenos astros
 que en la inmensa extensión tranquilos ruedan,
 tristes y melancólicas lanzaban
 con grave majestad sus notas lentas.

LA AMAZONA

Sobre la señorial escalinata
 de una risueña y elegante quinta,
 ante la airosa puerta, cuyo escudo
 diadema de barón adorna y timbra;
 entre dos relucientes macetones
 de italiana cerámica, intranquila
 la amazona aparece, esbelta y rubia,
 con blanda negligencia recogida
 la lengua falda en el izquierdo brazo.
 Los contornos del busto marca y fija
 negro corpiño. El varonil sombrero,
 que blanca gasa envuelve, á sus pupilas
 da vaga sombra. Látigo flexible
 con cincelado pomo, empuña y vibra.

Párase en el umbral, y allí se calza los guantes. Aura que robó á las lilas el dulce aroma, sus cabellos de oro mueve amorosamente y ensortija, dando á su frente espléndida aureola. Y en la alameda, cuyas ramas filtran la luz del sol, y cuyo suelo alfombran arena roja y diminutas guijas, un groom, tamaño como el puño, tiene dos caballos ingleses de la brida.

Y á mí, que paso indiferente, y miro por la verja, me encanta y me cautiva la amazona gentil. Mi derrotero sigo sin que ella en mí fije la vista; pero soñando voy: un delicioso sueño de aristocrática y tranquila felicidad. La hechizadora joven es mi dulce y amada prometida; y á su lado cabalga en la serenas alboradas de Abril. Fresca es la brisa, inquieto mi trotón; y nos lanzamos á galope, sin sendas y sin guías, de la selva á través, juntos y solos. Y buscando una imagen peregrina del velo blanco y de la falda negra, que el viento mueve y la carrera agita al galopar con ella, la comparo á una libre y errante golondrina.



EN LA PLAYA

La plenamar blanquea en las rompientes muy á lo lejos. Las hinchadas olas al pie del vertical acantilado espumean y hierven en las rocas que bruñe la resaca; y allá arriba, cara al viento, la joven pescadora, sobre la frente alzando entrambas manos, contempla el horizonte. Ya está próxima la luna de equinoccio, tiempo infausto para el marino en las normandas costas. La gente está en el mar, y el atrevido pescador, á quien ella en deliciosa noche de Abril dejó que la abrazara, partió, chorreando la encerada lona del amplio capotón, para la pesca lejana del arenque. Ni una sola de aquellas barcas regresó aún al puerto. Ella aguarda solícita y ansiosa, sobre el duro peñón el pie descalzo, dando la saya al viento que la azota, y que, batiendo su arrogante seno, bajo la obscura blusa de cretona, marca y moldea los turgentes globos, mientras las leves alas de su toca hace latir cual mariposa blanca. Sobre los ojos una mano, y la otra en la curva cadera, ¡cuál resalta su gallarda apostura! Hay en las ondas de sus negros cabellos los reflejos

de las alas del cuervo; y sus hermosas pupilas, á pesar de su tostada tez, y sus trenzas rígidas y toscas como cables de un barco, son azules cual flor del cardo que en la arena brota.

Valiente hija del mar, que una mañana vi en la playa normanda, ya me enojan París, el bulevar, los discreteos de álbum y las beldades á la moda. A mis muertos amores, que cenizas dejan, cuando el recuerdo los evoca entre mis dedos trémulos, prefiero el dulcísimo ensueño, la ilusoria visión, que me inspiraste. En la mar brava me vi, luchando sobre la alta proa con la borrasca enfurecida; y era el rudo pescador, que á tierra torna por ti... Lejos, muy lejos, ves mi vela, y dudas si será blanca gaviota; mas pronto nuestro mástil al sol brilla, y exclamación brotando jubilosa del hondo pecho al labio: «¡Es él!» exclamas.

«¡Amainad! ¡amainad!» Rápida voga por sí misma la barca. Ya la quila las duras guijas de la orilla roza. Échome al agua: indiferente dejo que al cabrestante de la playa corran mis camaradas á sacar la nao. Por el talle gentil, con ansias locas, te agarro, y aunque fiera te resistes, mis labios buscan tu entreabierta boca, y estampo en ella un ósculo empapado en las saladas brisas de las olas.



LA DESTERRADA

Dulces flores. bañadas con las lágrimas de un amor sincero.—SHAKESPEARE (*Hamlet*).

De mis grandes pesares hago breves canciones.—ENRIQUE HEINE (*Intermezzo*).

INVOCACION

Niña rubia, de frente candorosa,
que en el azul Lemán encontré un día;
de la glacial Noruega fresca rosa,
cisne emigrado de la zona fría;

Verte, amarte, y al punto ser dichoso,
lo mismo fué, cual lance de novela;
como si talismán maravilloso
me diese una deidad, que por mi vela.

Cuando tú apareciste soberana
con la triunfal corona de áureos rizos,
sentí que una esperanza sobrehumana
me brindaba sus mágicos hechizos.

Pero te hallé cuando partir debía;
me diste, despidiéndote, la mano,
y en ella quedó presa el alma mía.
Si volvérmela quieres, será en vano.

Jamás pude esperar tanta ventura.
A todo nuevo amor me juzgué muerto;
pero vi tu mirada ingenua y pura,
vi en tus ojos de luz el cielo abierto;

Y el breve instante que pasé á tu lado,
¡oh de la blonda Ofelia tierna hermanal,
hizo latir mi corazón cansado
con el último amor, que á todos gana.